



## CAPÍTULO X.

Lo que sucedió despues de la boda de Gil Blas y de la bella Antonia. Principio de la historia de Escipion.



El dia siguiente de mi boda, los señores de Leiva regresaron á Valencia, despues de haberme dado otras mil señales de amistad; de tal modo, que mi buen secretario y yo nos quedamos solos en la quinta con nuestras mugeres y nuestros criados.

El empeño que hicimos uno y otro en agradar á nuestras esposas, no fué inútil; pues en poco tiempo inspiré yo á la mia tanto amor como le profesaba, y Escipion hizo olvidar á la suya los disgustos que le habia causado. Beatriz, que era de carácter dócil y afable, se grangeó fácilmente el cariño de su nueva ama y ganó su confianza. En fin, todos cuatro nos avenimos perfectamente, y comenzamos á gozar de una suerte envidiable, pasando la vida en los mas dulces entretenimientos. Antonia era bastante seria; pero Beatriz y yo éramos muy alegres; y aun cuando no lo fuéramos nos bastaria estar con Escipion para no conocer la melancolía; porque era un hombre sin igual para la sociedad, una de aquellas personas festivas que solo con presentarse divierten á la concurrencia.

Un dia que despues de comer se nos antojó ir á dormir la siesta al sitio mas apacible del bosque, mi secretario estaba de tan buen humor, que nos quitó á todos el sueño con sus graciosas ocurrencias.—Calla esa boca, le dije, amigo mio, ó si quieres que no durmamos cuéntanos alguna cosa que merezca nuestra atencion.—Con mucho gusto, señor, me respondió. ¿Quiere vd. que le cuente la historia del rey Don Pelayo?—De mejor gana oiria la tuya, le repliqué; pero ese gusto nunca me lo has querido dar desde que vivimos juntos, ni espero que jamas me lo

des: ¿de qué proviene esto?—Si no he contado á vd. la historia de mi vida, ha consistido en que jamas me ha manifestado el menor deseo de saberla; por consiguiente, no tengo yo la culpa de que vd. ignore mis aventuras; y por poca curiosidad que tenga de oirlas, estoy pronto á satisfacerla. Antonia, Beatriz y yo le cogimos la palabra, y nos dispusimos á escuchar su relacion, que no podia menos de causar en nosotros un buen efecto, ya divirtiéndonos, ó ya escitándonos al sueño.

—Yo, comenzó á decir Escipion, seria hijo de un grande de España de primera clase, ó cuando menos de un caballero del hábito de Santiago ó de Alcántara, si esto hubiera estado en mi mano; pero como ninguno es dueño de escoger padre, han de saber vds. que el mio, llamado Toribio Escipion, fué un honrado cuadrillero de la santa Hermandad. Como iba y venia por los caminos reales, por donde su profesion le obligaba á andar casi siempre, cierto dia encontró casualmente entre Cuenca y Toledo á una gitanilla que le pareció muy linda. Caminaba sola, á pié, y llevaba consigo todo su ajuar en una especie de mochila echada al hombro.—¿A dónde vas así, prenda mia? le dijo, suavizando cuanto pudo la voz, que era naturalmente bronca.—Caballero, contestó ella, voy á Toledo, donde de un modo ó de otro espero ganar de comer viviendo honradamente.—Tu intencion es muy loable, replicó él, y no dudo que para eso tendrás varios arbitrios.—Sí, gracias á Dios, respondió la gitanilla, tengo varias habilidades: sé hacer pomadas, y quintas esencias muy útiles para las damas; digo la buena ventura: sé dar vueltas al cedazo para hacer que se encuentren las cosas perdidas; y nuestro cuanto se quiere ver en una redoma ó en un espejo.

Pareciéndole á Toribio que una jóven como esta era un partido muy ventajoso para un hombre como él, á quien su empleo apenas le producía para mantenerse, sin embargo de saber desempeñarle con la mayor exactitud, le propuso si queria ser su esposa. Aceptó la niña la propuesta; se fueron ámbos inmediatamente á Toledo, en donde se casaron, y en mí ven ustedes el digno fruto de este noble matrimonio. Fijaron su residencia en un arrabal, en donde mi madre comenzó á vender pomadas y quintas esencias; pero viendo que este trato producía poco, comenzó á hacer de adivina. Entonces fué cuando se vieron llover en su casa pesos duros y doblones. Mil mentecatos de ambos secos pusieron bien pronto en auge la fama de Coscolina, que así se llamaba la gitana. No pasaba dia sin que viniese alguno á ocuparla en su ministerio: ya llegaba un sobrino pobre, que queria saber cuándo su tio, de quien era único heredero, partiria para la otra vida; y ya llegaba una doncella que deseaba con ansia averiguar si un caballero mozo que le habia dado palabra de casamiento se la cumpliria.

Persuádome de que ustedes darán por supuesto que los vaticinios de mi madre siempre eran favorables á las personas á quienes los hacia: si se cumplieran, enhorabuena; pero si alguna vez venian á reconvenirla por haber sucedido lo contrario de lo que habia pronosticado, contestaba frescamente que debia echarse la culpa al diablo, que, á pesar de la fuerza de los conjuros que ella empleaba para obligarle á que le revelase lo futuro, tenia algunas veces la malicia de engañarla.

Cuando mi madre, por honor del oficio, creia deber hacer visible al diablo en sus operaciones, entonces era Toribio Escipion quien hacia el papel del diablo, y lo desempeñaba con perfeccion, porque la aspereza de su voz y la fealdad de su rostro cuadraban á maravilla con lo que representaba. Poca credulidad era menester para espantarse al aspecto de mi padre; pero un dia vino por desgracia cierto capitan majadero que quiso ver al diablo, y le atravesó de parte á parte con la espada. Informada la Inquisicion de la muerte del diablo, despachó sus ministros contra la Coscolina, á quien prendieron, embargando al mismo tiempo todos sus efectos; y á mí, que á la sazón solo tenia siete años, me metieron en el hospicio de los niños huérfanos. Habia en esta casa unos caritativos eclesiásticos que, estando bien dotados para cuidar de la educacion de los pobres huérfanos, tenian el trabajo de enseñarles á leer y escribir. Parecióles que yo prometia mucho, y por esta causa me distinguieron entre los demas, escogiéndome para hacer sus recados. Yo era el que llevaba sus cartas, hacia sus demas encargos y les ayudaba á misa. En pago de mis servicios trataron de enseñarme la lengua latina; pero lo ejecutaron con tanta aspereza, y me trataron con tal rigor, á pesar de los servicios que les hacia, que, no pudiendo ya resistir mas, un dia en que me enviaron á un recado, cogí las de Villadiego, y en vez de volver al hospicio, me escapé de Toledo por el arrabal del lado de Sevilla.

Aunque á la sazón apenas tenia nueve años cumplidos, no cabia en mí de contento de verme en libertad y dueño de mis acciones. No llevaba que comer ni dinero; pero nada me importaba, porque tampoco tenia leccion que estudiar ni temas que componer. Despues de haber andado dos horas, comenzaron mis piernecitas á negarme su servicio. Como nunca habian hecho tan larga caminata, fué preciso pararme á descansar. Sentéme al pié de un árbol que estaba á orillas del camino real, y para entretenerme saqué el Arte que llevaba en el bolsillo. Comencé á hojearle por diversion, pero acordándome de las palmetas y de los azotes que me habia costado, desgarré las hojas, diciendo lleno de cólera:—¡Ah maldito libro! ya no me harás llorar mas. Estando satisfaciendo mi venganza, y sembrando la tierra al rededor de mí de declinacio-



nes y conjugaciones, pasó casualmente por allí un ermitaño de aspecto venerable, con barba blanca, y unos grandes anteojos. Acercóse á mí, miróme con mucha atencion, y yo tambien le estuve mirando con la misma.—Hijito mio, me dijo sonriéndose, me parece que los dos nos hemos mirado con cariño, y que no haríamos mal en vivir juntos en mi ermita, que solo dista doscientos pasos de aquí.—Buen provecho le haga á vd., le respondí con bastante sequedad, que yo ninguna gana tengo de ser ermitaño. Al oír esta respuesta, el buen viejo dió una grande carcajada de risa, y me dijo abrazándome:—Mi hábito, hijo mio, no debe asustarte; si es poco grato á la vista, es de grande utilidad, pues me hace dueño de un deleitoso retiro, y de varios lugarcitos circunvecinos, cuyos habitantes me aman, ó por mejor decir, me idolatran. Vente conmigo, añadió, y te pondré un hábito como el mio. Si te fuese bien con él, participarás conmigo de las dulzuras de la vida que hago; y si no te acomodase ésta, no solo serás dueño de marcharte, sino que puedes contar con que al separarnos no dejaré de hacerte todo el bien que pueda.

Dejéme persuadir, y seguí al viejo ermitaño, que me hizo varias preguntas, á las que respondí con una ingenuidad que no siempre he tenido en adelante. Luego que llegamos á la ermita, me presentó algunas frutas que devoré en un instante, porque en todo el dia no habia comido mas que un zoquete de pan seco, con que me habia desayunado en el hospicio por la mañana. El solitario, viéndome menear tan bien las quijadas, me dijo:—Ánimo, hijo mio, no dejes de comer por miedo de que se acaben las frutas, pues gracias al cielo tengo muy buena provision de ellas. No te he traído aquí para matarte de hambre: lo que era mucha verdad, porque una hora despues de nuestra llegada encendió lumbré, puso á asar una pierna de carnero, y mientras yo daba vueltas al asador, él dispuso una mesita, cubriéndola con un mantel no muy limpio, y poniendo en ella dos cubiertos, uno para él y otro para mí.

Luego que el carnero estuvo en sazón, le sacó del asador, cortó algunos pedazos de él, y nos sentamos á cenar; pero nuestra cena no fué como la de las ovejas, porque bebimos un esquisito vino, del cual tenia tambien el ermitaño un buen repuesto.—Y bien, amiguito, me dijo luego que nos levantamos de la mesa, ¿estás contento con mi trato? De este modo comerás mientras estuvieres conmigo. Por lo demas harás en este eremitorio lo que mejor te pareciere; solo ecsijo de tí que me acompañes cuando vaya á recoger la limosna á los lugares vecinos; me servirás para llevar del cabestro un borriquillo cargado de dos banastas, que los aldeanos caritativos llenan ordinariamente de huevos, pan, carne, y pescado: no te pido mas.—Haré, le respondí, todo lo que vd. quiera con tal que no me obligue á estudiar el latin. No pudo menos de reir-

se de mi sencillez el hermano Crisóstomo, que así se llamaba el anciano ermitaño, y me aseguró de nuevo que no pensaba nunca violentar mis inclinaciones.

Al día siguiente salimos á nuestra demanda, llevando yo el borrico por el cabestro, y recogimos copiosas limosnas, porque no habia aldeano que no tuviese gusto en echar alguna cosa en nuestras banastas. Uno daba un pan entero, otro un buen pedazo de tocino; quien una gallina, y quien una perdiz. ¿Qué mas diré á ustedes? Llevamos á la ermita víveres para mas de una semana; buena prueba de lo mucho que amaban al hermano Crisóstomo aquellas gentes. Verdad es que este tambien les servia bastante dándoles buenos consejos cuando venian á consultarle, pacificando los matrimonios en que reinaba la discordia, proporcionando dotes para casarse las solteras, dándoles remedios para mil clases de males, y enseñando varias oraciones á las mugeres casadas que deseaban tener hijos.

Ya ven ustedes, por lo que acabo de referir, que yo estaba bien tratado en la ermita. Si la comida era buena, la cama no era desgraciada. Acostábame sobre buena paja fresca, teniendo por cabecera una almohada de lana, y cubriéndome con una manta de lo mismo; de manera que no hacia mas que un sueño, el cual duraba toda la noche. El hermano Crisóstomo, que me habia ofrecido un hábito de ermitaño, me hizo uno él mismo, deshaciendo otro viejo suyo, y me llamó el hermanito Escipion. Apenas me presenté en las aldeas vecinas con aquel nuevo trage, caí á todos tan en gracia, que el pobre borrico apenas podia con la carga. Todos se esmeraban en dar á cual mas al hermanito: tanto placer tenian en verme.

Á un muchacho de mi edad no podia desagradarle la vida ociosa y regalona que disfrutaba en compañía del viejo ermitaño; así es que me aficioné tanto á ella, que la hubiera continuado siempre, si las Parcas no me hubieran hilado otros días muy diferentes; pero el destino que debia llenar me arrastró á dejar bien pronto el regalo, y me hizo abandonar al hermano Crisóstomo de la manera que voy á referir.

Veía muchas veces trabajar al viejo en la almohada que le servia de becerro, sin hacer otra cosa que descoserla y volverla á coser. Observé un día que metia en ella algun dinero, lo que escitó en mí un movimiento de curiosidad que me propuse satisfacer al primer viage que el hermano Crisóstomo hiciese á Toledo, á donde solia ir una vez á la semana. Aguardé con impaciencia este día, sin tener por entonces mas objeto que el de contentar mi curiosidad. En fin, el buen hombre partió, y yo descosí la almohada, en donde hallé entre la lana como unos cincuenta escudos en toda clase de monedas.

Verosíblemente este tesoro seria efecto del agradecimiento de los aldeanos á quienes habia curado con sus remedios, y de las aldeanas que por la virtud de sus oraciones habian tenido hijos. Sea lo que fuere, apenas ví que aquel era un dinero que sin temor podia apropiarme, cuando se declaró mi complecion gitana; dióme una tentacion de robarle, que no se podia atribuir sino á la fuerza de la sangre que corria por mis venas. Cedí sin resistencia á la tentacion; encerré el dinero en un saquillo de paño en que metiamos nuestros peines y nuestros gorros de dormir, y despues de haberme despojado del hábito de ermitaño, y vuelto á tomar mi vestido de huérfano, me alejé de la ermita, pareciéndome que llevaba en mi saquillo todas las riquezas de las Indias.

—Ustedes acaban de oír mi primer ensayo, continuó Escipion, y no dudo que esperarán una série de acciones del mismo jaez: no engañaré sus esperanzas, porque aun tengo que contarles otras hazañas parecidas á esta antes de llegar á mis acciones loables; pero al fin llegaremos allá, y ustedes verán por mi narracion, que de un gran pícaro se puede hacer un hombre de bien.

Á pesar de mis pocos años, no fuí tan simple, que tomase el camino de Toledo, porque me espondria á encontrarme con el hermano Crisóstomo, que sin duda hubiera querido volver á juntarse con su dinero. Tomé, pues, la ruta del lugar de Galvez, donde me entré en un meson, cuya huéspedera era una viuda como de cuarenta años, y tenia todas las cualidades que se requieren para saber vender bien sus agujetas. Luego que esta muger puso los ojos en mí, conociendo por el vestido que me habia escapado del hospicio de los huérfanos, me preguntó quién era y á donde iba. Respondíle, que habiendo muerto mis padres, me veia en la necesidad de buscar conveniencia.—Y dime, hijo, me volvió á preguntar, ¿sabes leer? Le aseguré que sí, y que tambien escribia lindamente. En verdad, yo sabia formar las letras, y juntarlas de manera que figuraba una cosa así como escrita, lo que me parecia sobrado para llevar la cuenta de un meson de aldea.—Pues yo te recibo, repuso la mesonera, para que me sirvas; no serás inútil en mi casa, porque correrás con el libro del gasto, y llevarás cuenta de lo que me deben y debo. No te daré salario, añadió, porque los muchos caballeros que vienen á parar á este meson, siempre dan algo á los criados, conque seguramente puedes contar con sacar muy buenos gages.

Acepté el partido, pero reservándome, como ustedes presumirán, la facultad de mudar de aires, siempre que la permanencia en Galvez no me acomodase. Apenas me ví apalabrado para servir en el meson, cuando sentí mi ánimo incomodado con una grande inquietud. No queria